

CAPÍTULO I

APROXIMACIÓN TEÓRICO-METODOLÓGICA

*Las huellas de las personas que caminaron juntas
nunca se borran.*

Kongo

REFLEXIONES INICIALES

Reconstruir los acontecimientos, fenómenos y procesos de la región de África Subsahariana –sobre todo de la etapa anterior a la llegada de los europeos y durante el período colonial– ha sido una ardua tarea para los estudiosos tercermundistas del acontecer africano, pues ha prevalecido una visión en extremo parcializada en mayoría de las crónicas, los escritos y los documentos de exploradores y colonizadores que, a lo largo de una extensa etapa del período colonial, asumieron por lo general la tarea de registrar tanto la historia como la realidad, a través del prisma deformado de sus concepciones de superioridad cultural. Muchos de ellos sostuvieron que África –exceptuando a Egipto– no había participado absolutamente en la historia, y que sus sociedades carecían de dinamismo antes de los contactos con Europa en el siglo XV.

Como expresa J. Daniel Toledo Beltrán [1996], si hay una frase que ha caracterizado los estudios sobre África, es la de los “pueblos sin historia”¹. La visión más generalizada ha sido la de un continen-

¹ Según este mismo autor, ha sido una expresión utilizada alguna vez por Hegel para remarcar la superioridad, en ese momento en todo su apogeo, de la Europa decimonónica, pero sobre todo para legitimar el racismo eurocentrista del modelo

te donde habitan pueblos salvajes y donde se desarrollan guerras interminables.

En los estudios ha prevalecido una visión de superioridad racial, con un marcado carácter eurocentrista y exclusionista, por lo que los análisis de la realidad de esa región del mundo han carecido, como tendencia, de objetividad. Los atributos que se le han imputado al continente “NEGRO” han sido el estatismo, las pugnas étnicas, los cultos “salvajes”, el nepotismo y la corrupción.

Durante siglos predominaron concepciones de corte imperial y colonialista, que recalcaban la inferioridad de los africanos y sostenían que la acción europea sobre el continente y su población fue un factor esencial de progreso y desarrollo, omitiendo sus aspectos negativos. “En el África colonial la palabra civilización estaba reservada exclusivamente a los comportamientos de los blancos, por muy crueles que fueran” (Ndongo-Bidyogo, 1999).

El enfoque eurocentrista del mundo se aplicó y era lógico que así fuera. La burguesía, como clase dominante, aplicó sus concepciones y ¿quién podía asumir una posición contestataria? El mundo colonial estaba sometido a ese poder y los países que lograron ocupar, posteriormente, los primeros lugares dentro del mundo capitalista, como EE.UU., mantenían los ejes básicos de las concepciones *occidentales*, como paradigma “ejemplar”, en otro contexto, pero con objetivos similares.

La clase dominante impuso su concepción del mundo y su ideología, por lo que el análisis de cualquier proceso, más allá del modelo europeo, debía ser a su imagen y semejanza. En ese sentido, se establecían las bases metodológicas y enfoques y categorías para estudiar cualquier realidad. En ese caso, el “otro” se evaluaba a partir de una realidad que, en la práctica, no era universal, pero pretendía serlo, lo que determinó que los estudios fueran ajenos a los valores, culturas y procesos históricos de las sociedades africanas, asiáticas y latinoamericanas.

Europa era la medida absoluta, lo que conllevó a una visión –y práctica– racista que establecía cuál debía ser la “vía” a seguir por los otros, en qué períodos había que subdividir su historia. Y, por supuesto, al no existir parámetros de comparación y un dominio absoluto de los territorios colonizados y explotados, todo lo diferente debía “aspirar” a ser “*idem*” a la civilización occidental, de lo contrario se estaba

colonial, según el cual pueblos como los africanos solo pueden traspasar el umbral de la historia de la mano de la “modernidad” y de la acción civilizadora de la madre patria europea. Según esta tesis, los estadios previos a estos “encuentros” o “descubrimientos”, tan de moda en estos últimos tiempos, cuando más podrían inscribirse en una oscura y difusa prehistoria (Toledo Beltrán, Daniel J. 1996 “Asia y África en la historia: enfoques, imágenes y estereotipos” en Toledo Beltrán, Daniel J. (coord.) *Asia y África en la Historia* (México: UAM-Iztapalapa).

en presencia de comunidades inferiores y bárbaras. Por lo tanto, lo válido era la experiencia europea como ley obligatoria. Las sociedades debían incluir, en teoría y práctica, la verdad metropolitana en cuanto al Estado nación, la cultura, la religión, los sistemas políticos, los valores, la sociedad civil, etcétera.

En ese ámbito, se obviaba un “pequeño” detalle: el capitalismo en su cara colonial y neocolonial creaba una desestructuración de la realidad socioeconómica del dominado e imponía mecanismos e instituciones en función de los objetivos coloniales; se trataba de modificar lo tradicional e imponer lo moderno, pero, aunque el *modelo* europeo se absolutizaba como universal, la práctica no podía ser “al calco”, pues el capitalismo periférico estaba subordinado a los intereses de los centros de poder.

Las consecuencias de esa “visión *civilizatoria*” han sido base para encubrir políticas, intromisiones y despojos de los pueblos africanos. A pesar de todo ello, podría utilizarse una frase de la física –de Galileo– para contrarrestar esas concepciones: “PERO SE MUEVE”.

Más allá de esos enfoques y de las prácticas coloniales y neocoloniales, África Subsahariana ha sobrevivido y, aunque se trata de ocultar y omitir la riqueza material y espiritual de esas sociedades, los africanos han expresado una cultura de resistencia, tal vez inexistente en cualquier otra región del mundo.

La cultura de resistencia implica no solo la lucha en contra de lo que arremete contra las estructuras socioeconómicas y lo cotidiano –en este caso, por parte del colonizador o el neocolonizador–, a través de métodos pacíficos o violentos, sino también, y sobre todo, la defensa y pervivencia de lo propio. La tenacidad africana se ha manifestado en el enfrentamiento, en condiciones adversas, a teorías y prácticas. No importa cuánto se haya tratado de degradar la cultura y la realidad africanas, ni los métodos utilizados para explotar y someter a los pueblos: han resistido. Además, han sido capaces de readaptarse a las condiciones impuestas, tanto en las estructuras políticas como económicas, resurgiendo con su propia impronta y defendiendo sus valores.

La cultura de resistencia no solo incluye lo histórico– aislado y la cultura africana, que antecedió la explotación capitalista en África, sino que los valores de la sociedad africana conjugan parámetros únicos y diversos, donde lo tradicional y lo moderno evolucionan de forma yuxtapuesta y el primero ha incorporado elementos del segundo, adaptándolo a su cosmovisión².

2 Esa cultura de resistencia también se ha manifestado en el plano de la política exterior y en el multilateralismo, pues, con independencia de la práctica de determinados sectores clasistas y elites en el poder, que se han acomodado y han sido

La cultura de resistencia abarca el universo espiritual, los valores, la ética, las costumbres en los sectores sociales más amplios. La modernidad se “reacomoda” a la tradición. Este proceso no es premeditado; es un camino *enmarañado*: lo africano, lo autóctono, predomina en la visión y vida cotidiana y la capacidad de sumar, readaptando las nuevas realidades con una perspectiva *sui generis*.

Esa cultura de resistencia fue evidente en los africanos que fueron traídos por la fuerza a América, a través de la trata de esclavos. La impronta de lo propio, en otro contexto y bajo condiciones sumamente difíciles por las prohibiciones, los castigos y la degradación a la que fueron sometidos, sobrevivió y emergió de otra forma, y pasó a formar parte del maravilloso mundo americano, que tanto le debe a esa resistencia por salvaguardar a toda costa el origen, el apego a lo propio: costumbres, creencias, cultura.

El nivel de resistencia también es un parámetro esencial en lo que se califica como *civilización* –preferimos el término “cultura”. En ese caso, la cultura africana ha ocupado los primeros planos en la defensa de su autenticidad y en su capacidad de supervivencia.

Como plantea Ferrán Iniesta (1986):

Ha habido cambios en las mentalidades, en los mecanismos institucionales, en los referentes míticos en casi todas las culturas negro-africanas, pero perviven los cimientos de una sólida cosmovisión tradicional”.

En la historiografía africana, la diversidad de criterios, los intentos a menudo desesperados por encontrar bases teóricas “autóctonas” y la todavía incipiente conformación de lo que podría calificarse como una escuela africana de pensamiento han dificultado sobremanera los acercamientos empíricos y, sobre todo, los epistemológicos.

Fue apenas en la segunda mitad del siglo XX que muchos africanistas comenzaron a impugnar la visión parcializada mediante la búsqueda de un nuevo enfoque. Una primera hornada de historiadores africanos –entre los que se destaca Joseph Ki-Zerbo–, aunque propusieron nuevas respuestas al abordar los procesos históricos africanos, tendió a sobre-dimensionar en cierta medida la singularidad de la historia africana.

Tras ese primer movimiento pendular –extremo– determinado por la necesidad de enfrentar las corrientes de pensamiento predominantes eurocéntricas, los enfoques fueron cobrando mayor objetividad, impulsados por una nueva generación de historiadores africanistas a partir del decenio de 1970-1979.

aliados de actores exógenos, en ocasiones, en contra de sus pueblos o países vecinos, los gobiernos africanos han defendido sus particularidades y posiciones.

Una verdadera escuela africana de pensamiento comenzó a perfilarse en torno a la naturaleza del “rezago” africano, al tiempo que las obras de sus representantes cobraban una dimensión mucho más amplia y profunda, con enfoques equilibrados e imprescindibles para el estudio de cualquier aspecto del devenir histórico de la región. En ese ámbito sobresalen autores de reconocido prestigio como Samir Amin y Carlos Lopes.

El egipcio Samir Amin –uno de los africanistas contemporáneos descollantes– aborda un espectro que abarca desde el universo tercermundista en su conjunto hasta el acontecer histórico de África Subsahariana. Apropriadose de la teoría marxista –calificado como neomarxista–, analiza una diversidad de tópicos que incluye teorizaciones en torno al subdesarrollo y las migraciones en la región.

Posteriormente, numerosos autores africanos se sumaron a esa escuela africana que, por lo demás, no es compacta ni homogénea, pues si lo fuera, se mantendría una visión dogmática y única. Entre ellos, Mbuyi Kabunda Badi y algunos africanistas de otras latitudes, como Armando Entralgo y Carlos Caranci –por mencionar solo a tres–, quienes ampliaron y profundizaron los estudios.

En la práctica, existen dos enfoques –que generalmente no se complementan– que tratan de dar respuesta a las causas de la precaria situación socioeconómica y de la inestabilidad política en África Subsahariana después de la independencia y hasta la actualidad. El primero –bastante malintencionado– lo atribuye a la incapacidad de los africanos para resolver sus problemas y gobernarse, y magnifica los errores y la actuación de los políticos y prácticas de los Estados independientes. El segundo lo explica a partir del impacto de la etapa colonial. Como se observa, ambos enfoques sobredimensionan determinados rasgos del decursar socioeconómico regional.

En el plano teórico-metodológico, en un primer acercamiento a la definición de las categorías esenciales vinculadas al subdesarrollo, los conflictos y las migraciones –que se profundizarán a lo largo del texto– debemos partir del hecho de que han existido varias aproximaciones para su estudio.

En este caso sobresale la obra del ya mencionado Samir Amin, quien desde las posiciones de la Escuela de la Dependencia aborda el universo tercermundista en su conjunto e incluye las particularidades –papel y lugar– de la inserción de África Subsahariana en el sistema capitalista. Analiza una diversidad de tópicos que incluyen aspectos teóricos medulares en torno al subdesarrollo, y también las migraciones y los conflictos. Amin, a través del estudio del régimen capitalista, trasciende el factor económico y logra un enfoque integral de la realidad africana. Son muchas sus obras importantes, solo men-

cionaremos una. En *El fracaso del Desarrollo en África y en el Tercer Mundo: un análisis político*, estudia pormenorizadamente las realidades socioeconómicas y políticas de África y del Tercer Mundo en general, estableciendo pautas esenciales sobre el papel y el lugar de las diversas regiones en el sistema capitalista mundial.

Carlos Lopes también traduce una educación marxista, e igualmente trasciende a su región y a las problemáticas puramente económicas para adentrarse en las concepciones del poder, los mecanismos y perspectivas del subdesarrollo, así como reflexiones metodológicas para el análisis de la historia de África.

Otros estudios que deben tenerse en cuenta son los de Aderanti Adepoju, Mbuyi Kabunda y Armando Entralgo.

El primero establece bases esenciales para el estudio de la interrelación subdesarrollo-migraciones en África Subsahariana. El segundo reflexiona sobre el impacto de la globalización neoliberal en la región, así como en las migraciones y los conflictos más agudos en la década del noventa, entre otros aspectos.

En los estudios de Armando Entralgo, el más connotado africanista cubano, encontramos bases fundamentales, tanto empíricas como epistemológicas, para estudiar la interrelación entre el subdesarrollo, los conflictos y las migraciones.

Además, existen estudios muy valiosos de académicos latinoamericanos, como Theotonio Dos Santos, que son esenciales para comprender la situación del Tercer Mundo dentro del sistema del capitalismo. En este caso, sirven de referentes metodológicos, sobre todo, por sus aportes a la Escuela de la Dependencia, pues se centran esencialmente en el caso de estudio latinoamericano.

Algunos especialistas en migraciones, como Joaquín Arango, sostienen que la Teoría de la Dependencia no aportó elementos fundamentales para el estudio de la migración internacional. Es cierto que se concentró en los factores económicos, políticos y sociales; como señala Theotonio Dos Santos, “representó una integración de las ciencias sociales. Permitió unir lo político con lo económico y con lo social” (Marotte, 2007), y no tenía como centro de su estudio las migraciones. Sin embargo, aportó elementos esenciales para comprender y explicar el fenómeno en el contexto capitalista.

La Teoría de la Dependencia y de la Economía-Mundo ubican las migraciones internacionales contemporáneas en el centro del desarrollo desigual del capitalismo a escala mundial. Establecen que la desigualdad dentro del capitalismo provoca un sistema general economía-mundo, regulado por relaciones asimétricas en los planos funcional (división internacional del trabajo) y jerárquico (dominación-dependencia), estructurados en una segmentación en dos subsistemas

principales (centro y periferia) (Cardoso y Faletto, 1971; Wallerstein, 1979; Saint-Maurice y Pena Pires, 1989).

La ubicación de cada región y país en el sistema economía-mundo determinó cambios en los rasgos de sus procesos migratorios que, a partir de ese momento, tendrían particularidades y consecuencias diferentes por su pertenencia al centro o a la periferia.

En este ámbito, Samir Amin expone una nueva noción de la migración como forma de expresión de cambios desiguales entre las naciones y el elemento de desarrollo desigual, que contribuye al agravamiento de la situación en un gran número de países, que marca el punto de partida para una nueva etapa de la teoría de las migraciones (Amin, 1968b: 61). Establece que la existencia de un sistema económico internacional jerárquicamente ordenado, junto a las implicaciones políticas de tal interdependencia, refuerzan las presiones endémicas latentes que en los países menos desarrollados inducen a la migración.

Muchos han sido los estudios, desde diversas ópticas, del acontecer subsahariano. No obstante, no hemos encontrado acercamientos que se propongan como objetivo básico el análisis de la interrelación –y su expresión– del subdesarrollo, los conflictos y las migraciones.

PERIODIZACIÓN Y OTRAS APROXIMACIONES

Sobre la periodización histórica universal, aún hasta la actualidad y, en muchos casos, utilizada por autores del Sur, ha destacado la que trata de validar la tendencia eurocentrista de ver a la tríada esclavitud-feudalismo-capitalismo como una ley universal, válida para todas las sociedades.

En los últimos treinta años se han utilizado dos periodizaciones alternativas que dividen la historia universal. La primera establece dos etapas: la precapitalista y la capitalista³. Esta subdivisión es válida en la medida que da cabida a la diversidad del mundo antes del surgimiento de dicho régimen y permite distinguir cómo, a partir de su surgimiento y desarrollo, el mundo se integra a él de diversas formas, pero en un único circuito.

La segunda se fija esencialmente para el estudio de los países asiáticos y africanos y divide la historia en tres períodos: precolonial, colonial e independencia⁴.

3 Marx hacía referencia a sociedades precapitalistas y capitalistas.

4 Para América Latina se utiliza el término precolombino para designar la evolución de la región antes de la llegada de los europeos.

En este caso, la subdivisión se hace teniendo en cuenta las peculiaridades de las sociedades en la etapa precapitalista y, posteriormente, su posición dentro del capitalismo pero en función de la concepción: dominación (colonial) e independencia (descolonización).

En el presente estudio utilizaremos –indistintamente– estas dos periodizaciones alternativas, comprendiendo que la etapa precapitalista se corresponde con la precolonial, y la capitalista incluye la etapa colonial y la descolonización.

La tríada esclavitud-feudalismo-capitalismo no es exacta para analizar los procesos históricos de los países afroasiáticos y latinoamericanos, fundamentalmente porque los rasgos socioeconómicos no son semejantes a los que caracterizaban a Europa en cada una de esas etapas, más bien como señala Samir Amin (1968b: 89): “Europa es la excepción y no la regla”.

Los rasgos económicos y socioculturales de los diversos pueblos africanos (asiáticos y americanos) determinaron un ritmo diferente en su proceso histórico, con patrones peculiares que, en alguna medida y en determinados períodos, pudieron presentar similitudes con los europeos, pero en ningún momento fueron semejantes.

Una concepción alternativa para el análisis de la evolución de las sociedades establece que el hecho de atribuir un carácter universal a una sucesión de modos de producción que se han desarrollado en Europa es partir de una noción mecanicista y lineal. Esto implica ofrecer la historia de Europa como el modelo por excelencia de la historia universal, lo que no solo significa –y reafirma– una visión eurocentrista del mundo, sino también la necesidad de seguir su “modelo”.

En este sentido, Samir Amin (1968a) establece que el modo (modelo) tributario es la forma más general de la sociedad clasista precapitalista; que la esclavitud es la excepción y no la regla; que el feudalismo es una forma periférica del modo tributario, y que, precisamente porque era una forma inmadura, todavía estaba preñada por características de la sociedad comunal original, que lo predestinaba a trascenderse a sí mismo más fácilmente, asegurándole a Europa un destino particular.

El modo tributario define tanto las relaciones de dominación (clases que gobiernan el Estado y campesino gobernado) y las relaciones de explotación (extorsión del excedente en la forma de tributo). En esta formación socioeconómica, la clave de la dimensión ideologizada en la sociedad es la política. Como modo de producción –maduro y acabado– es muy estable⁵.

Mientras en el feudalismo europeo el poder central era más débil, surgieron entidades embrionarias del capitalismo que pudieron desa-

5 Aquí se incluyen las sociedades que desarrollaron su apogeo basado en el comercio a larga distancia, centros de tránsito donde se manifestaron diferentes grados de desarrollo y esplendor. Este es el caso de los denominados imperios (también calificados como confederaciones) en África Occidental y en el Medio Oriente.

rollarse. Dentro de los sectores más fuertes de la sociedad tributaria, un proceso similar no era posible y, hasta cierto punto, el desarrollo de las fuerzas productivas no podía traspasar cierto límite. Un determinado estancamiento –¿estabilidad?– en las sociedades dominadas por el modo tributario aparece cuando el nivel de desarrollo alcanzado es ampliamente considerable, posiblemente más alto que en cualquier otra sociedad precapitalista.

Otra arista del eurocentrismo refutada por Samir Amin (1988) son las formulaciones weberianas referidas al derecho, en tanto: “Weber, como se sabe, distinguía el tipo de poder supuestamente tradicional (calificado como ‘patrimonial’, personalizado y refractario al concepto de derecho) del de la época moderna (‘burocrático’ y despersonalizado, basado en el concepto de derecho)” nos recuerda que “la tesis de Weber es muy alemana, en el sentido de que, abusivamente, proyecta algunas características relevantes de la historia de este país a la de toda la humanidad”.

El poder en las sociedades precapitalistas no era, por regla general, ni personalizado, ni desconocedor del derecho. Amin (1988) compara esta realidad en diversas regiones del mundo con respecto al feudalismo europeo y a la Europa mercantilista⁶ y responde a la interrogante de ¿hasta qué punto es válida para el África precolonial la tesis del “poder patrimonial”?:

Aquella presenta, sin duda, ciertas semejanzas con la Europa feudal. Porque el África negra precolonial es pretributaria, más ampliamente todavía en la etapa que he denominado comunitaria, y la Europa feudal conserva formas comunitarias de origen bárbaro que, precisamente, dan a su sistema tributario su carácter primitivo y periférico. Así, pues, esta analogía se expresa en la importancia de los derechos consuetudinarios en ambos casos y en la ausencia de un derecho burocrático de Estado. Con la diferencia, sin embargo, de que el modelo de la Iglesia confirma aquí la dominación metafísica que define a esta etapa. En África, en cambio, la ideología del parentesco –propia de la

6 Aquel modelo mismo de sociedad tributaria avanzada que era la China imperial había desarrollado en sumo grado una burocracia mandarina impersonal. En el Egipto faraónico, el faraón Tutmosis III de la XVIII dinastía escribe a su visir Rejeret: “Lo que [el visir] debe hacer es atenerse a la ley”. En el feudalismo europeo de los primeros siglos (desde las invasiones bárbaras hasta los siglos XIII-XIV), uno se aproxima sin duda al modelo weberiano en uno de sus aspectos: el de la personalización del poder feudal. Pero, en realidad, la fragmentación del poder –condición de su personalización– refleja simplemente el hecho de que el feudalismo es una variedad periférica del sistema tributario, y no la regla general de la “tradicción” precapitalista. Por eso, en la Europa mercantilista de las monarquías absolutas, el sistema de poder pierde ese carácter personalizado. Las burocracias monárquicas se asemejan entonces a las de otras sociedades tributarias avanzadas (Amin, 1988).

etapa comunitaria– domina aún los sistemas de legitimación del poder. Ahora bien, esta ideología presenta, efectivamente, la apariencia de un poder personalizado. Pero lo es mucho menos de lo que parece, pues es un poder que está obligado a funcionar en el marco de un derecho consuetudinario que constituye una sólida barrera contra los eventuales estrados de los “jefes”.

Como se observa, aunque puedan encontrarse algunos rasgos que pueden tener ciertas semejanzas en África precolonial con respecto a Europa, cada una de ellas presenta peculiaridades, en correspondencia con sus realidades socioeconómicas y políticas.

Además del mencionado modelo tributario, otros autores han calificado la etapa precapitalista en África Subsahariana como modo de producción africano o Estados rurales artesanales.

Mario Andrade y Olivier Marc (1974: 22) plantean que más que una variante del modo de producción asiático⁷, esta formación social se relaciona con un modo de producción africano, cuya especificidad se asienta en la combinación de una economía patriarcal– comunitaria y en la acción exclusiva de un grupo sobre los intercambios a grandes distancias⁸.

Por su parte, Darcy Ribeiro (1990: 60) las ubica en diversas gradaciones en comparación con otras regiones. Entre los Estados rurales artesanales ubica a Gao, Ghana, Mali, Zimbabwe, Congo y Songhai, que se conforman, según subraya, con el surgimiento de unidades políticas supracomunitarias, cuyo centro de poder instalado en las ciudades dominan poblaciones mucho mayores que ellos. Asimismo, establece que en estas comunidades las unidades familiares y la solidaridad fundada en el parentesco continúan representando el papel de principales ordenadores de la vida social. El basamento de estas entidades está en el cobro de tributo y contribuciones en servicio, más que en la esclavitud personal de la fuerza de trabajo.

Con independencia de los conceptos y, hasta cierto punto, las “indefiniciones” de las particularidades de las formaciones socioeconómicas y políticas de África Subsahariana en la etapa precapitalista, no se le puede aplicar un patrón o modelo único, ni mucho menos tratar de “encasillarla” a partir de las peculiaridades europeas.

Hasta la etapa precapitalista, los niveles socioeconómicos en África Subsahariana eran variados, desde sociedades muy atrasadas en el plano técnico-económico hasta estructuras socioeconómicas y

7 Propuesta de Carlos Marx y Federico Engels que distingue la evolución de las sociedades –imperios– asiáticos con respecto a la europea.

8 Este enfoque fue objeto de una avanzada elaboración teórica por parte de sectores de la africanística francesa, donde sobresalen los trabajos de la investigadora Katherine Coquery-Vidrovich.

políticas de gran esplendor (confederaciones, Estados y ciudades Estados), que se basaban esencialmente en su papel de intermediario en el comercio a larga distancia. Asimismo, existía una gran actividad comercial intrarregional y extrarregional. En este último caso, fundamentalmente, hacia el norte de África y a través del Océano Índico.

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

Aproximadamente hasta el siglo XV, el aislamiento relativo de las regiones del mundo determinó la diversidad de los niveles de desarrollo en cada una de ellas. Mucho se ha debatido en torno a los modos y niveles de producción que existían en las diversas regiones del orbe; pero, indudablemente, hasta ese siglo la diversidad prevaleció a nivel planetario y los caminos seguidos por los asiáticos, mesorientales, europeos, africanos o americanos, aunque no uniforme, conformaban vías, muchas veces diferentes, acordes a su relación inicial con el medio geográfico, sus rasgos socioeconómicos y el grado de desarrollo de sus fuerzas productivas.

El surgimiento del capitalismo como sistema constituyó un cambio en el ritmo de los procesos socioeconómicos de determinadas regiones, que fueron “sumados” a ese régimen en condiciones desventajosas. El capital les atribuyó un lugar y papel –de acuerdo a las condiciones en que se integraban a ese sistema y su posterior desempeño– a partir de realidades y particularidades que presentaban en ese momento.

Paralelamente, el devenir del sistema capitalista estableció –y condicionó– un proceso de desarrollo desigual, dentro de ese único sistema. En el proceso, algunos países pasaron a engrosar el mundo desarrollado; otros, el subdesarrollado. Esto estuvo determinado por las diferentes condiciones histórico-sociales de cada uno y su ubicación en el sistema mundial. Al referirse a ese proceso, Samir Amin (1994: 102) plantea que “el proceso de expansión mundial del capitalismo no es solo un proceso de desarrollo, sino de destrucción [...] que tiene efectos inversos en los centros y en las periferias del sistema”.

Precisamente, las brechas o desniveles entre regiones y continentes se deben al papel desigual de unos y otros dentro del sistema capitalista; este hecho no demuestra –como tendenciosamente se plantea– que el subdesarrollo ha existido siempre.

Muchas han sido las interpretaciones históricas y económicas en torno al desarrollo del capitalismo, sus peculiaridades y su periodización⁹, pero los especialistas coinciden en que:

9 En cuanto al estudio del capitalismo, se destacan los puntos de vista de los clásicos (Adam Smith, David Ricardo, Thomas Roberto Malthus, Friedrich List y Carlos Marx),

En la medida en que el monopolio económico “contamina” el libre cambio, o este es impuesto o modificado por la fuerza extraeconómica, ya podemos encontrar en el capitalismo de libre competencia la gestación del subdesarrollo, que solo se consolidará como fenómeno con el predominio de los monopolios en la producción (Aguilera Morato *et al.*, 1986: II).

Para África Subsahariana, desde los albores del capitalismo (fase mercantil) se establecieron de forma rotunda condicionantes excepcionales que, por una parte, determinaron la suerte del continente dentro

con diversos enfoques sobre la temática. Resulta indudable que fue Marx quien más contribuyó a la teoría del desarrollo económico, sobre todo al exponer las fuerzas que motivan el desarrollo del capitalismo, su naturaleza y las vías alternativas. Aunque Marx no abordó la problemática del subdesarrollo, a través de su método estableció pautas para el posterior análisis del fenómeno. Las doctrinas postclásicas estuvieron representadas por John Maynard Keynes, quien vio el capitalismo como un mecanismo que puede ser reparado y mejorado para que en lugar de obstaculizar, ayude al desarrollo; Harrod, quien consideró que las condiciones fundamentales para el desarrollo eran la población, la tecnología y los recursos, y Joseph A. Schumpeter, que fue el primer economista moderno que segregó el desarrollo económico como rama especializada del análisis económico. De forma general, en la evolución del pensamiento económico se observa una sucesión de doctrinas y tendencias de acuerdo a método y orientación. En este ámbito, al principio del siglo XX se destacaron dos escuelas: la marginalista (J. B. Clark, Maffeo Pantaleoni, etc.) y la escuela del equilibrio económico. Estas dos escuelas, con sus diversas tendencias, utilizaron el método deductivo y las matemáticas para analizar el fenómeno. En esta etapa, el aporte leninista fue esencial para el estudio del imperialismo y su posterior evolución. Más tarde, surgieron otras teorías sobre el “intercambio desigual” y la “teoría del comercio internacional” con una visión tercermundista. Para profundizar en estas tendencias, pueden consultarse las obras de Kurihara, Kebbeth K. 1966 *La Teoría Keynesiana del Desarrollo Económico* (México D.F.: Aguilar); Griziotti Krestschmann, Jenny 1961 *Historia de las Doctrinas Económicas Modernas* (México D.F.: Manuales UTEHA) N° 54-54a, Sección 13; Kuznets, Simon 1964 *Aspectos cuantitativos del Desarrollo Económico* (México D.F.: Centro de Estudios Latinoamericanos); Schumpeter, Joseph A. 1955 *The Theory of Economic Developments* (Cambridge: Harvad Economic Studies) Vol. XLVI; Emmanuel, Arghiri 1974 *El intercambio desigual* (Buenos Aires: Siglo XXI). Según Samir Amin, el aporte esencial de Emmanuel fue el descubrimiento de la preeminencia de los valores internacionales. Asimismo, marcó las insuficiencias y el carácter ilusorio de la teoría clásica (ricardiana) y de la neoclásica (marginalista) del comercio internacional.

Según L. J. Zimmerman (1970: 9-34), la historia del pensamiento económico distingue tres épocas en la que los economistas han enfocado el problema del progreso económico de maneras esencialmente diferentes: antes de 1830 (época clásica), cuando los economistas solo escribieron indagaciones sobre la naturaleza y las causas de la pobreza de las naciones; entre 1830 y 1930, cuando la creencia en el progreso económico fue tan grande, que la teoría económica, en lugar de analizarlo –según el autor–, lo postuló, y el período posterior a 1930, pero sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los economistas y políticos comenzaron a comprender que prácticamente lo que se había dicho en el pasado acerca del progreso económico valía solo para los países occidentales.

del sistema capitalista mundial (fundamentalmente por las consecuencias de la trata), y, por otra, condujeron a que los factores exógenos desempeñaran un papel protagónico, en cuanto a variaciones en las actividades económicas y formaciones políticas en las regiones y áreas que se vincularon de forma directa a la trata esclavista y que también influyeron, en menor medida, en los que no se relacionaron directamente con los europeos.

En este ámbito, el inicio del proceso de acumulación originaria del capital fue el primer paso en la configuración del papel y lugar de cada una de las regiones dentro del sistema capitalista mundial, con su polarización interna e internacional.

En esta etapa, África Subsahariana tributó a la acumulación originaria de Europa y América, aún sin estar directamente insertada en la órbita capitalista. Sus relaciones de producción continuaron siendo las propias, pero impactadas negativamente –como veremos posteriormente– por la trata esclavista.

Con la Revolución Industrial¹⁰, los actuales países desarrollados del Viejo Mundo pudieron despegar, desarrollarse y separarse cuantitativa y cualitativamente de los niveles de desarrollo de los demás. En este escenario, el origen del subdesarrollo comienza a consolidarse en la fase del capitalismo premonopolista (maduro). El imperialismo, con una segunda Revolución Industrial y nuevas necesidades expansionistas, consolidó la tendencia hacia el desarrollo y el subdesarrollo, afianzando posiciones¹¹.

El establecimiento de las relaciones metrópoli-colonia determinó la inserción de cada zona en la economía mundial¹². En el caso

10 La utilización de los conocimientos y avances científico-técnicos no se extendieron a todos los continentes.

11 Sería bueno precisar que entre la primera y segunda Revolución Industrial se dieron condiciones muy específicas para que Japón –caso atípico–, Australia, Nueva Zelanda, Alemania, Canadá y Estados Unidos se desarrollaran. En el caso de las colonias, esto estuvo determinado, entre otros factores, por las características de la colonización existente y las relaciones con la metrópoli.

12 El dominio colonial de la región, con el ascenso del imperialismo, motivó que el establecimiento de relaciones capitalistas en el territorio fuese muy elemental. La inserción de África Subsahariana a la división internacional del trabajo fue muy pobre y tardía.

Las regiones extraeuropeas coloniales, y dentro de ellas, África Subsahariana, han formado parte en su mayoría de las zonas que tuvieron un status colonial o semicolonial. Como expuso Carlos Marx (1968: 688): “Las colonias brindaban a las nuevas manufacturas, que brotaban de todas partes, mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada gracias al régimen de monopolio [...] El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo descarado, la esclavización y la matanza, refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital”.

de la región subsahariana, la acción capitalista tuvo especificidades. Mientras América y otras regiones del orbe suministraban oro y plata a Europa y establecían relaciones de explotación capitalista en los territorios dominados, los africanos solo suministraban una mercancía: el ser humano. Aún después de la Revolución Industrial continuaron suministrando esa misma mercancía y no fueron centro de la explotación capitalista. Como señala Amin (1994):

En efecto, considero que la acumulación a escala mundial ha sido siempre, no de manera exclusiva pero sí preponderante, una acumulación de carácter confiscatorio [...] Una confiscación que atañe no solo a “la acumulación primitiva” analizada por Marx y que se refiere a los orígenes del capitalismo, sino que es una característica permanente en la historia del capitalismo histórico realmente existente desde la época mercantilista [...] Una incuestionable y evidente acumulación por confiscación que ocupa, durante ese largo período de transición, el rol central en una globalización organizada en torno a la conquista de América y la trata de negros.

La abolición de la trata a principios del siglo XIX hizo que las sociedades subsaharianas tuvieran que readaptar sus economías y su papel a la nueva situación.

Esta nueva realidad, aún sin consolidarse, fue abruptamente interrumpida por las acciones de conquista y colonización a finales del siglo XIX. Samir Amin (1968a: 30) señala: “Si la dependencia [...] se expresa en el plano internacional por una simetría y por la transferencia de bienes (el intercambio desigual) que la acompaña, esta se expresa también necesaria y simultáneamente, en el plano “interno”, por una transferencia en beneficio del modo capitalista periférico”.

El imperialismo afianzó las diferencias a nivel regional y el capital europeo consolidó su dominación en gran parte del mundo a través del “reparto económico y territorial”. Las nuevas necesidades expansionistas fortalecieron la tendencia hacia el desarrollo y el subdesarrollo. Fue en estos años que África Subsahariana fue colonizada e integrada al sistema capitalista mundial; hasta ese momento, había hecho una gran contribución a la acumulación capitalista, pero de otros.

La etapa colonial significó una remodelación forzosa de África, en función de cumplir los objetivos metropolitanos. Este momento sería el primero en que se evidenciara la imposición de fórmulas y mecanis-

Es un hecho que los países de Europa Occidental tuvieron fuentes de acumulación internas muy importantes, pero la acumulación externa, que se concretó con la relación colonia-metrópoli, fue vital para el desarrollo del capitalismo en el Viejo continente.

mos socioeconómicos y políticos occidentales a la sociedad africana que, en la práctica, conllevaría a la endogeneización o incorporación de rasgos ajenos como propios.

Lo positivo que podía aportar el establecimiento de relaciones capitalistas en la región se llevó a cabo, en la mayoría de los casos, muy tibia y tardíamente, solo después de la Primera Guerra Mundial y en determinados lugares y rubros económicos. Es por ello que, aún en la actualidad, cuando las fórmulas de intromisión (intercambio) entre el centro y la periferia –proveer materias primas y productos agrícolas, por un lado, y la industrialización, por otro– como variables son caducas en la casi totalidad del Tercer Mundo, “no lo son para la mayoría de los países africanos”. (Amin, 1994: 61)

Esto nos demuestra el retraso en la aplicación de determinados mecanismos de explotación y control sobre gran parte del continente por parte de las potencias coloniales. Armando Enralgo (1987: 233) establece que para esta región “[...] la real valorización económica de la colonia fue un hecho generalmente tardío y casi coincidente con el proceso de descolonización política”. Esto nos explica en gran medida, por una parte, la no existencia de acumulación interna en África Subsahariana; por otra, la endeblez de la burguesía y el proletariado africano.

En este contexto, los mecanismos establecidos por los países capitalistas sobre los pueblos africanos estaban en función de su acumulación de capital, el despegue industrial y, posteriormente, la satisfacción de los intereses imperialistas. Dentro de esos mecanismos se explotaron –y reavivaron– los conflictos al interior del continente y los movimientos poblacionales en función de la modernidad colonial.

En el caso de África Subsahariana deben destacarse tres aspectos claves para una mejor comprensión de sus estructuras económico-políticas y clasistas: la colonización se estableció después de 1885 y, en algunas regiones, se consumó durante los primeros veinte años del siglo XX; el nivel de implantación de la explotación capitalista, con todo lo que ello implica, fue muy bajo comparado con otras regiones de Asia y América Latina, y, por último, en menos de cien años el continente se había liberado casi completamente.

Durante la primera mitad del siglo XX, los países capitalistas desarrollados enfrentaron dos guerras mundiales y crisis económicas. Los niveles de explotación y diferenciación entre las metrópolis europeas y las colonias subsaharianas aumentaban, salvo excepciones, como el caso sudafricano. Las metrópolis trataron de salir de sus problemas a costa de sus colonias. Como apunta Armando Enralgo (1979: 65): “¿Sobre quién recayó el peso de la crisis del 29 y siguientes? Sobre las masas africanas”.

Sobre las relaciones metrópoli-colonia y el proceso de descolonización influyó la contradicción Este-Oeste, que marcó las relaciones internacionales en la segunda mitad del siglo XX. Estados Unidos de América (EE.UU.) emergió como líder del sistema capitalista y *apuntaló* a sus aliados, al tiempo que creaba un sistema *alrededor de su modelo* y con organismos que respondieran a sus intereses: el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Este sistema, a la larga, reforzaría los niveles de dependencia de los países del sur.

Paralelamente, los economistas de la segunda postguerra trataron de teorizar de manera optimista acerca de las dificultades presentadas en el desarrollo de los países capitalistas desarrollados y en las posibilidades para todos mediante esta vía. El impulso económico de la segunda postguerra y los “remedios” keynesianos, además del auge de los Movimientos de Liberación Nacional (MLN) en Asia y África, hicieron creer a muchos políticos y teóricos que podían superar el subdesarrollo en condiciones de interdependencia.

En la segunda mitad del siglo XX, la imagen dominante de los cambios sociales fue la modernización. Esta era concebida como el proceso mediante el cual las estructuras sociales tradicionales se podían transformar en otras de un tipo más moderno, a través de las vías utilizadas en una etapa más temprana en Europa. En este contexto, las políticas económicas recalcan la importancia de la expansión de la producción y la modernización de la infraestructura¹³.

En África Subsahariana independiente, los nuevos modelos económicos y políticos para el desarrollo se vieron en un callejón sin salida; en ello influyeron las insuficiencias de los proyectos y programas de los gobiernos, la corrupción política interna, la ineficiencia de la burocracia y la política ejercida por las grandes potencias en el marco de la contradicción Este-Oeste.

En esta región, la modernización fracasaba y los países se siguieron distinguiendo por su desigual desarrollo geoeconómico y espacial al interior de las fronteras. Así encontramos zonas desarrolladas, para la media del continente; principalmente, las más ligadas al capital ex-

13 Muchos criticaron la modernización y conceptualizaron el desarrollo solamente en función de unos pocos parámetros. Desde la década del cincuenta del presente siglo, algunos iniciadores de nuevas concepciones –como el indio Pitambar Partapuntaban que el desarrollo debía preocuparse por la satisfacción de las necesidades mínimas o básicas de la población. Otros estudiosos solo veían el desarrollo en función de los aspectos económicos, obviando las necesidades básicas de la población y la distribución equitativa de los ingresos. Otros economistas, como Arthur Lewis, pensaban que el crecimiento económico inevitablemente desembocaría en el desarrollo humano.

tranjero o a las plantaciones para la exportación. Mientras tanto, el resto de la economía –de subsistencia– permanecía con técnicas muy rudimentarias y subordinada a los intereses del denominado sector moderno –privilegiado por las metrópolis y los grandes centros de poder en la postindependencia. En este sentido, las diferencias subregionales también eran evidentes.

Con el fin de la denominada bipolaridad, África perdió, en parte, su relativa importancia estratégica tras el fin del largo enfrentamiento ideológico Este-Oeste, aunque se mantuvieron los intereses extrarregionales.

En los años noventa se introdujeron cambios. Estos respondían a la imposición de la globalización neoliberal, proyecto hegemónico de los Estados Unidos, que continuaron obviando la realidad y las necesidades de las sociedades subsaharianas. La “democracia de ajuste” impuesta en esa etapa, con un gran número de condicionalidades, se revertiría en la agudización de la crisis económica y política de los países del área. Como apunta el economista cubano Silvio Baró (1997: 13):

La globalización constituye un término que mueve a confusiones y malentendidos. Este término supondría que las acciones de los principales agentes internacionales van encaminadas a una más completa integración de todas las partes del sistema mundial. Sin embargo, lo que se comprueba es que, en realidad, esta globalización viene acompañada de la exclusión o marginación de muchas regiones, países y personas de los beneficios del desarrollo mundial.

Desde los años noventa del siglo pasado se manifestaron cambios importantes en las diversas áreas del devenir social, que se atribuyen al proceso de globalización.

La globalización es un proceso multidimensional que expresa un redimensionamiento del capitalismo como sistema. La reestructuración tecnológica y organizativa, que es implícita a este proceso, está lejos de desenvolverse en un mercado único y globalizado, con las mismas posibilidades para todos los países. Para el análisis de la globalización y sus implicaciones no puede perderse de vida dos factores que en gran medida determinan ese proceso:

- *Primero:* Desde su aparición el sistema capitalista fue integrador y excluyente.
- *Segundo:* La evolución del sistema capitalista estableció y condicionó un proceso de desarrollo desigual, dentro de un único sistema.

La globalización profundiza la capacidad de desarrollo –según los parámetros del régimen– de algunas regiones y países. Su acción subdesarrollante sobre otras podría denominarse como globalización fracturada o, como la califica Joaquín Estefanía (2000: 41), “globalización mutilada”.

La globalización neoliberal, como proyecto de dominación, se vio magnificada por la crisis del Tercer Mundo, fundamentalmente en África Subsahariana y América Latina, y por la caída del bloque socialista europeo.

A los países subdesarrollados, en desventaja dentro del proceso globalizador, se les exigió abandonar las políticas proteccionistas, reducir el papel del Estado y del sector público en la economía nacional y abandonar los programas sociales, entre otros. Se generalizaron los Programas de Ajuste Estructural y el paso de fórmulas centralizadas a las de democracia multipartidista: el Estado se debilitaba. Esto conllevó al fortalecimiento de las relaciones de dependencia de África, con respecto a los centros de poderes económicos mundiales.

Las anomalías aumentaron y pueden resumirse en la desindustrialización estructural, la privatización con fraude, la desnacionalización de la industria, el crecimiento del desempleo y la corrupción política. Los países subdesarrollados y, dentro de ellos los subsaharianos, habrían sus puertas, una vez más, para ser saqueados en función de intereses ajenos.

Fue en esos años que algunos comenzaron a denominar a África Subsahariana como Cuarto Mundo, surgieron teorías como la de la Desconexión de Samir Amin, y se evidenció que continuaría siendo marginada. Solo se incluirían –y serían “beneficiadas por la globalización”– aquellas áreas de interés para el gran capital; fundamentalmente, la de los hidrocarburos y minería.

De cara al siglo XXI, el continente se avizoraba como un depósito potencial de hidrocarburos, comparado en extensión y calidad con los tradicionales yacimientos de Medio Oriente, y de minerales estratégicos, como el coltán. En este nuevo contexto, África continúa atrayendo a nuevos acreedores interesados en seguir gozando del apoyo de los países africanos en su esquema de influencia en la política internacional; se “revaloriza” en las estrategias de los centros de poder, fundamentalmente en la de Estados Unidos, pero solo aquellas áreas y subregiones que cumplan con sus necesidades del momento.

Actualmente, algunos académicos africanos teorizan sobre las nuevas condiciones que dibujan el panorama africano del siglo XXI. Así, al decir del profesor congolés, Mbuyi Kabunda Badi, África forma parte de una “nueva periferia” integrada además por otras tres regiones: Asia Central, Asia del Sur y el mundo árabe. Según Kabunda Badi

(2001), a estas cuatro zonas las distingue el permanente estado de marginalidad que aún las aparta considerablemente del intercambio internacional. Estas regiones, actualmente, son apreciadas por Occidente como reservorios de persistentes amenazas desde el punto de vista demográfico, migratorio y terrorista.

En resumen, la globalización continuó favoreciendo la expansión y consolidación del capital foráneo y no del nacional.

DESARROLLO - SUBDESARROLLO

Según L. J. Zimmerman, el término “zona económica subdesarrollada” hizo su primera aparición pública probablemente en las reuniones de las Naciones Unidas de 1944 y 1945. Hasta ese momento, esas regiones eran denominadas “zonas atrasadas” o “zonas coloniales”. Más tarde, ante las expectativas de desarrollo de los años sesenta y setenta, los organismos internacionales y expertos en la materia prefirieron utilizar la terminología de países en desarrollo¹⁴. Sin embargo, más que en el calificativo, nos interesa detenernos en algunas ideas vinculadas a ese concepto.

Como hemos referido anteriormente, el capitalismo, por su naturaleza, genera desigualdades al interior del sistema. Los centros capitalistas someten y explotan (colonialismo, neocolonialismo) a otras regiones en función de sus intereses. Ello determina dos polos dentro del sistema, que presentan diferencias en cuanto a los niveles técnico-económicos, las condiciones de vida, los sistemas políticos, etcétera. A partir de esas diferencias, los países desarrollados son aquellos países “beneficiados” por la explotación de otros y ocupan los niveles protagónicos en la división internacional del trabajo.

Bajo esa premisa, el país desarrollado es aquel que, por las necesidades del capital (técnico-económicas) y por las concepciones políticas e ideológicas, culturales, etcétera, evoluciona por la vía capitalista (industrialización) y somete y explota a otros países y regiones del mundo¹⁵.

El concepto más difundido sobre desarrollo es el de desarrollo sostenible, que

14 En el caso de África Subsahariana preferimos utilizar el término subdesarrollo, pues aun los diversos parámetros que pudieran clasificar a la mayoría de los países como en desarrollo no están presentes, a la vez que los desniveles en las diversas esferas de la vida entre esta región y las desarrolladas son abismales.

15 Sin embargo, ese modo de vida no es posible para todos, lo cual queda demostrado no solo por el impacto ambiental del mismo, sino porque no es objetivo del sistema satisfacer las necesidades de la humanidad. Por lo tanto, el concepto desarrollo sostenible –o el muy frecuentemente utilizado desarrollo humano– dentro del capitalismo es solo una “consigna”, imposible de lograr por la esencia del sistema.

[...] concibe el desarrollo como un proceso armónico, donde la explotación de los recursos, la dirección de las inversiones, la orientación del cambio tecnológico y las transformaciones institucionales deben estar a tono con las necesidades de las generaciones presentes y futuras. De esta manera se presenta al desarrollo como un proceso que requiere un progreso global en un conjunto de dimensiones –económica, humana, ambiental y tecnológica–, que interactúan entre sí (Molina, 2007: 115).

Mientras tanto, la Declaración de las Naciones Unidas sobre el Derecho al Desarrollo plantea que este es un derecho humano inalienable en virtud del cual todo ser humano y todos los pueblos están facultados a participar de un desarrollo económico, social, cultural y político, en el que puedan realizarse plenamente todos los derechos humanos y las libertades fundamentales; a contribuir a ese desarrollo, y a disfrutar de él (*ibíd.*).

En los últimos años, muy pocos autores hacen referencia al término “subdesarrollo”. Se engloba a todos los países del Sur bajo la denominación “países en vías de desarrollo”, calificativo político-diplomático que tiene más que ver con la participación de los países en los organismos internacionales, que con su realidad.

Andre Gunder Frank (1963) define el subdesarrollo partiendo del hecho de que

[...] no es consecuencia de la supervivencia de instituciones arcaicas, de la falta de capitales en las regiones que se han mantenido alejadas del torrente de la historia del mundo, por el contrario, el subdesarrollo ha sido y es aun generado por el mismo proceso histórico que genera también el desarrollo económico del propio capitalismo.

Los seguidores de la Escuela de la Dependencia han abordado sistemáticamente el concepto, el origen y las características del subdesarrollo. Paul Baran y Paul Sweezy resumen en cinco aspectos las ideas centrales que los estudiosos de esta Escuela defienden:

- El subdesarrollo está conectado de manera estrecha con la expansión de los países industrializados.
- El desarrollo y el subdesarrollo son aspectos diferentes del mismo proceso universal.
- El subdesarrollo no puede ser considerado como la condición primera para un proceso evolucionista.
- La dependencia, con todo, no es solamente un fenómeno externo sino que se manifiesta también en diferentes formas en la estructura interna (social, ideológica y política).

- La teoría de la dependencia aúna política, economía y sociedad, por cuanto entiende el subdesarrollo como una situación económica, social, política y cultural, en la cual se mezclan, de forma negativa, el enclave, el monocultivo, el colonialismo interno, el llamado “dualismo” económico.

Dos Santos afirma: “Estos diversos factores actúan unos sobre otros y configuran una situación de atraso y subdesarrollo, un círculo vicioso que es preciso romper para conseguir avanzar rumbo al desarrollo” (en Marotte, 2007).

Por tanto, sí existe el subdesarrollo, y este expresa una deformación estructural, con una gran dependencia externa y una ubicación desfavorable y subordinada dentro de la división internacional del trabajo, donde se sobreexplotan los recursos naturales en función de las necesidades de los centros económicos más poderosos. Esto conduce al deterioro ambiental y, por supuesto, se afectan las bases del desarrollo económico actual y futuro. En la práctica, se agudiza la desestructuración socioeconómica. Asimismo, las inversiones extranjeras –en función de la “soñada” industrialización– han afectado, entre otros aspectos, las producciones tradicionales, lo que ha sido una causa permanente del movimiento poblacional campo-ciudad¹⁶.

En ese margen de comparación, el subdesarrollo o el país subdesarrollado es aquel que se integra de forma subordinada al sistema, donde se implementa “a la fuerza” la explotación capitalista, pero en función de los intereses de los centros de poder. El subdesarrollo expresa una deformación estructural, en la medida en que a las realidades propias se les superponen –de forma incompleta y manipulada– las relaciones capitalistas de producción.

Expresado de otra forma, la dominación extranjera impone una deformación estructural en dos sentidos: hacia el exterior (sistema capitalista), como medida de comparación con los “otros” y porque su papel y lugar están “dominados” estructuralmente en ese ámbito, y hacia el interior, al incorporar estructuras “capitalistas” que no se corresponden con las necesidades de los sistemas particulares.

Esa deformación se manifiesta en el plano económico y sociopolítico-clasista, debido a la convivencia –o supervivencia, en muchos casos, como el africano– de la tradición con la modernidad “a medias”. El subdesarrollo expresa una deformación estructural a partir de las “realidades” del sistema en el que está insertado. Esa deformación es-

16 Para profundizar este tema, ver Ernesto Molina Molina 2007 “Ensayo crítico sobre las teorías del desarrollo” (ISRI).

tructural sintetiza una serie de procesos que explican las dificultades de las economías subdesarrolladas para desarrollarse¹⁷.

El subdesarrollo, en su conjunto, manifiesta altos grados de dependencia y la imposibilidad de resolver los problemas esenciales del ser humano, como la educación, la salud, etc. Por lo que las características del subdesarrollo se expresan en el ámbito económico, social y político. No puede pasarse por alto, como plantea Julius Nyerere (PNUD, 1996: 37), que “[...] toda propuesta debe juzgarse por el criterio de si sirve al propósito del desarrollo, y el propósito del desarrollo es el ser humano”. Cinco elementos merecen ser apuntados sobre la posibilidad real del desarrollo dentro del sistema capitalista:

- aún en los países clasificados como desarrollados existen desigualdades sociales, y habitantes que pueden clasificarse como tercermundistas, en algunos casos más que en otros;
- las causales y manifestaciones de la división entre países desarrollados y subdesarrollados no pueden aplicarse u homogeneizarse a todas las regiones y países por igual;
- como ejemplo de lo anterior, destaca que en la evolución del sistema capitalista se han dado condiciones particulares en regiones y países que hicieron posible que de un status colonial se elevaran a desarrollados. Son los casos de los denominados “Países de Tradicional Inmigración”: EE.UU., Canadá, Australia y Nueva Zelanda;
- las alternativas de la concepción del desarrollo dentro del sistema capitalista, no solo implican desigualdades hacia el interior del sistema, sino –y sobre todo– el abuso de los recursos disponibles debido al consumismo irracional que lo acompaña;
- para el mundo subdesarrollado –y por qué no, para los desarrollados también–, la alternativa al desarrollo real dentro del sistema capitalista no es posible: lo imposibilita la propia esencia y estructura del sistema. Un ejemplo innegable es que genera cada vez más serios problemas globales que afectan a todos.

17 En este ámbito debemos tener en cuenta que la economía deformada estructuralmente comprende: la estructura productiva y del comercio exterior, con economías monoproduccionistas y monoexportadoras, etcétera. El capitalismo no solo introduce desniveles entre regiones y continentes, sino también, dentro de los propios países subdesarrollados, lo que origina no solo desigualdades a lo interno, sino también, desniveles en los ingresos, desintegración de las economías, movimientos migratorios internos y hacia el exterior.

Si hay un ejemplo que demuestra que los mecanismos del capital solo tributan a una parte del sistema, este es África Subsahariana. En ese ámbito, la deformación al interior de la región se manifiesta en las peculiaridades e interrelación con sus conflictos y migraciones.

LOS CONFLICTOS: COMPONENTE DESESTABILIZADOR

Para analizar los rasgos y particularidades de los conflictos en cualquier región del mundo, suscribimos al presupuesto de que los conflictos ponen “en evidencia contradicciones en cuya raíz se enlazan las dimensiones de lo histórico y lo cultural, de lo económico y lo político” (Cáceres, 1989: 58). A partir de la conjugación de estos factores, la historia del ser humano ha manifestado una interacción-correspondencia entre equilibrio y conflicto, con una relación directa entre los componentes del sistema. Por una parte, lo particular –los pueblos, los Estados, las naciones, las regiones–, y por la otra, lo global, lo internacional –que incluye lo externo.

El concepto de “conflicto” comprende no solo las acciones violentas entre Estados, grupos étnicos, clases sociales, etcétera. Esta idea es esencial, en la misma medida en que la imposición de mecanismos económicos y de fórmulas políticas –en función de otros; en este caso, el colonialismo¹⁸ son fuentes de contradicciones al interior de las sociedades, a partir de la imposición de “nuevas” estructuras¹⁹.

Cada época histórica, en su marco geoestadial, genera contradicciones, muchas de las cuales se manifiestan como conflictos violentos o no violentos. A través del tiempo, los conflictos eliminan o mantienen como constantes las causas que los generan. A estos se superponen acciones internas o externas que los solucionan, estancan, desencalan, aceleran, retardan o hacen que adopten nuevas formas.

Los conflictos influyen directamente tanto sobre los destinos socioeconómicos y políticos de las sociedades y las personas que viven en ella, como en el medio ambiente. De ahí su influencia en el desarrollo o subdesarrollo de determinadas sociedades.

18 Las sociedades bajo dominación colonial, a partir de un determinado momento, integran como propios rasgos y particularidades ajenos a ellas. Algunos de los elementos externos pasan a formar parte inseparable de la historia, la economía, la cultura, la política, la ideología, etc. de esas sociedades, lo que presupone su inmersión en los conflictos de esas áreas. El continente africano es un ejemplo elocuente.

19 En el caso del mundo colonial, que se integra de forma periférica a los centros de poder capitalistas, donde se incluye África, el elemento exógeno acumula una amplia lista de factores que se agregan como constantes internas, que pueden variar su significación y sus mecanismos de acuerdo al momento, que pueden influir o determinar la suerte de los conflictos, al tiempo que mantiene un accionar desde “afuera”, sobre todo cuando los países logran la independencia.

De forma directa o indirecta, los conflictos no permiten la estabilidad necesaria para avanzar en proyectos socioeconómicos y políticos; sin estabilidad no es posible mantener condiciones propicias –positivas y favorables– en el ámbito socioeconómico. Además, generan movimientos humanos forzados. Estos últimos se interrelacionan con otros acontecimientos socioeconómicos y políticos, y afectan con mayor severidad a los países más pobres a escala mundial. En este sentido, los países al sur del Sahara ponen en evidencia la intervencionalidad entre los conflictos, los flujos masivos de migrantes, las crisis económicas y los problemas de gobernabilidad e inestabilidad que han afectado a esa región en los años de la postindependencia.

Antes de los contactos con los europeos, los conflictos africanos manifestaban las contradicciones de los diversos niveles de desarrollo de las sociedades y estructuras socioeconómicas, al tiempo que los intereses de las aristocracias determinaron en gran medida la magnitud de los enfrentamientos. Los factores exógenos no incidieron de forma significativa en las dinámicas propias –o en la solución– de los conflictos; en algunos casos, como la presencia islámica, formaron parte de estos.

La presencia europea en África Subsahariana, antes, durante y después de la ocupación colonial, creó un estado de inestabilidad y violencia que causó la muerte a miles de personas y el abandono de las actividades de la producción tradicional. Esto determinó que, después de cuatro siglos de trata, se iniciara otra etapa en la dimensión territorial colonial, con la desarticulación y subordinación de la economía tradicional a la capitalista. Esto motivó la inserción y convivencia de dos tipos de relaciones de producción: la capitalista periférica y la tradicional, en una relación contradictoria, donde la segunda se subordinó a la primera. Esta relación añadió factores de escalamiento en las contradicciones y conflictos; además, dificultó una posible solución.

Durante el proceso de descolonización, la contradicción colonia-metrópoli ocupó un primer plano. Posteriormente, los gobiernos africanos, más allá de errores y deficiencias, debieron enfrentar las contradicciones inherentes a esas sociedades y la manipulación por parte de los centros de poder de esas contradicciones, agudizándolas cuando les fue necesario y posible²⁰.

Uno de los aspectos que mayores dificultades ha acarreado a los gobiernos africanos en las condiciones de independencia y que se ha reflejado en conflictos de diversos tipos fue el trazado de las fronte-

20 También implementaron acciones directas y apoyo a terceros, que contribuyeron al escalamiento e internacionalización de algunos de los conflictos que, por demás, se mantuvieron por largos períodos de tiempo, como el de África Austral.

ras coloniales. Según el reconocido africanista Armando Enralgo (2005: 176):

Las amenazas a la integridad territorial de los Estados africanos [...] parecen tener tres fuentes u orígenes principales:

1. Cuestionamiento de las fronteras nacionales heredadas de la colonización.
2. Demandas de grupos o minorías de autodeterminación.
3. Incursiones a través de esas fronteras.

En este ámbito, debemos recordar que los Estados africanos, tal como los conocemos hoy, fueron demarcados por las potencias colonizadoras. Las consecuencias inmediatas y a largo plazo serían la división de los diversos grupos étnicos y la destrucción –y partición– de las entidades más desarrolladas, como los denominados *imperios*.

¿Qué es el Estado? ¿cómo surge? ¿a qué intereses representa? ¿qué es el Estado-nación? ¿qué es el Estado milenario? ¿qué factores han condicionado el Estado en África? Se podría seguir estableciendo interrogantes, pero sería casi interminable y poco probable que se pudiera dar respuesta a cada una de ellas.

Según el enfoque marxista, el Estado surge con la división de la sociedad en clases, vinculada a la propiedad sobre los medios de producción y el excedente, entre otros factores, como una necesidad de los sectores explotadores para dominar a las clases explotadas. Temporalmente se ubica cuando la comunidad primitiva da paso a la sociedad clasista²¹. El desarrollo desigual en las diversas regiones del mundo determinó que ese Estado tuviera diversas formas y manifestaciones, tal vez solo con una constante: el control de la minoría sobre la mayoría.

En Europa, con la aparición y el desarrollo del capitalismo surgió lo que se define como Estado-nación. Como hemos citado anteriormente, en su obra *The Arab Nation*, Samir Amin plantea que Europa fue la excepción y no la regla; de aquí que en otras latitudes las características del Estado –y, por qué no, de la nación– tuvieron otros derroteros.

La absolutización de esta entidad y el tratamiento universal que se le ha dado, tanto en la teoría como en la práctica, obvia las realidades de otras regiones como la asiática y la africana. En el caso de las sociedades milenarias, el Estado mantuvo sus estructuras, lo que se tradujo en comportamientos sociales y estatales muy peculiares que

21 Cf. Federico Engels 1968 *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Obras Escogidas* (La Habana: Pueblo y Educación).

reflejarían sus componentes, aún después de su inserción en el sistema capitalista y de que la tan “defendida” modernidad tocara sus puertas en fórmulas coloniales y neocoloniales²².

Existen tres elementos que no pueden soslayarse al hacer esta aproximación al surgimiento, a las peculiaridades y a la evolución del Estado:

- En el análisis de este fenómeno se obvian tanto los rasgos particulares de las entidades “nacionales” más allá de las fronteras europeas y las peculiaridades de sus clases sociales, como lo que esas realidades suman y aportan –en continuidad o ruptura– a las características de los Estados actuales. Es necesario adentrarse en el mundo africano precapitalista para comprender sus dinámicas propias y, a partir de ahí, lo que significó el impacto colonial en el reordenamiento estatal y en las situaciones conflictivas que impuso, hacia el interior y el exterior de los países²³.
- El Estado (nacional) en los países coloniales y, sobre todo, en África Subsahariana, no surgió como consecuencia de los intereses y la lucha de la clase burguesa; al contrario, las fórmulas establecidas impusieron no el control de una clase explotadora erigida en fuerza rectora del Estado, sino un Estado colonial que respondía a los intereses socioeconómicos y políticos de las metrópolis.
- Los países coloniales son “capitalistas” diferentes: tanto su base económica como su superestructura se corresponde solo a lo que demandaba la metrópoli. Por tanto, estamos en presencia de una “modernidad periférica”, lo que le confiere peculiaridades al Estado contemporáneo.

Según Joseph Ki-Zerbo (2000): “El Estado colonial era en África una institución doblemente superestructural: en tanto que Estado y en tanto que Estado sobreimpuesto”. Esto implicó que el Estado colonial se conformara en beneficio del capital, lo que conllevó esa sobreimposición.

22 Ese Estado “milenario”, aún después de las independencias, al que se incorporan nuevos elementos, nuevas realidades, y en otro contexto, expresa de forma “diferente” al Estado-nación, tanto en los países que optaron por el capitalismo, como por el socialismo. Solo un ejemplo sirva para esta afirmación: el denominado “modelo confuciano” en el este de Asia. Por esta y otras muchas razones, es preferible referirse al Estado Nacional o solo al Estado, para buscar las líneas diferenciadoras entre este y el Estado-nación europeo.

23 Al referirse a la etapa precolonial, el africanista Basil Davidson (1978: 58) destaca que “comprender el África de ahora, significa comprender el África de entonces”.

La etapa colonial significó una remodelación forzosa de África, en función de cumplir los objetivos metropolitanos. El Estado colonial surgió condicionado por varios factores que afectarían el desarrollo posterior de esas sociedades, donde destacan:

- La división territorial forzosa del continente (fronteras arbitrariamente concebidas) condujo, por una parte, a que las nuevas entidades agruparan una gran heterogeneidad étnica, y, por otra, a que muchos grupos étnicos fueran divididos y pasaran a formar parte de diversos Estados.
- El Estado colonial se estableció como fórmula de poder foráneo y por la fuerza, no como resultado del proceso de desarrollo histórico interno, ni como respuesta a las demandas del contexto sociocultural y clasista del continente africano. A pesar de operar en un marco territorial delimitado, no llegó a proyectar la unificación nacional, esencialmente por las propias dinámicas, por la composición de ese espacio y por los objetivos de su presencia.
- El aparato estatal evolucionó al margen de la sociedad africana, aunque esta tenía cierta participación, sobre todo en el control local y con fórmulas tradicionales. El Estado colonial establecido, de acuerdo a la teoría y práctica europea y como reflejo de esos poderes, no pudo legitimar su presencia, aunque tampoco podía alcanzarla, ya que la voluntad colectiva era contraria a sus funciones. Más allá de las fórmulas políticas de dominación, se mantenían fórmulas tradicionales que, en la práctica, no fueron destruidas y, en algunos casos, fueron aprovechadas por la metrópoli.
- El Estado colonial estableció una legislación arbitraria y represiva que no dio cabida ni al desarrollo de lo que hoy se concibe como sociedad civil, ni, por supuesto, a una *gota* de democracia. El Estado omnipotente aplastó toda forma de organización que no estuviera bajo su égida. Sin embargo, no pudo eliminar la actividad de la sociedad contra él, aunque en este caso las acciones contrarias al Estado adoptaron diversas formas, donde se mezclaron –o manifestaron separadamente– las acciones tradicionales y modernas, dadas las particularidades de la sociedad africana.

¿Las fronteras de esos Estados son obsoletas o adecuadas? ¿Qué factores internos y externos han conspirado contra el Estado africano? ¿Necesitan las sociedades africanas una entidad como el Estado-nación europea? ¿Cuál es la fórmula de Estado que corresponde a la

necesidad africana? De nuevo serían interminables las interrogantes, de nuevo la incapacidad de la autora para dar respuestas, no solo a interrogantes no formuladas, sino a las planteadas anteriormente.

El Estado postcolonial y actual no era ni foráneo, ni impuesto por la fuerza. Debía legitimarse y adecuarse a las nuevas condiciones. Muchos fueron los fracasos y desaciertos, pero, en la práctica, la lucha de liberación nacional se desarrolló en defensa de la independencia de ese espacio. Posteriormente, de forma recurrente se han planteado las pugnas fronterizas y las secesiones en la región, así como la gran diversidad étnica para condenar, en principio, la existencia de esos Estados. No podemos dejar de hacer referencia a algunas cuestiones relacionadas con las fronteras de esos Estados:

- Las fronteras actuales de la región tienen un poco más de cien años.
- Los Estados africanos son multiétnicos. Este factor ha sido recurrentemente utilizado por las elites y los agentes exógenos. Los primeros, para tratar de mantenerse en el poder; los segundos, también para mantener a sus agentes en el poder, derrocar a los no “amigables” y retener el control sobre los cuantiosos recursos africanos.
- ¿Por qué la diversidad tiene que desembocar en guerras? Precisamente, estas se mantienen y se reproducen, *casualmente*, allí donde los recursos son más cuantioso. Que solo dos ejemplos sirvan para apoyar este planteamiento: la República del Congo y Darfur.
- En la práctica, o bien hay ausencia de análisis, o bien se obvian y minimizan las peculiaridades de las sociedades africanas, como el comunalismo, la solidaridad del grupo, los rasgos de la familia, etcétera.
- Uno de los conceptos sobre la frontera establece:
[...] es pertinente destacar su contenido sociológico y económico, y expresar que constituye la concreción de una intensa relación y hasta una interdependencia en las diversas manifestaciones de la vida en sociedad, promovida y ejecutada por poblaciones asentadas a uno y otro lado del límite entre dos países (Rodríguez Gelfenstein, 2006: 40).
- La *linealidad* de la frontera expresa la necesidad del Estado de defender el control soberano de su territorio, mientras la *zonalidad* expresa la visión social y económica en la que se interrelacionan personas que desarrollan actividades económicas, culturales, comerciales, humanas, etcétera. Aquí, entonces, podríamos preguntarnos hasta qué punto la defensa de la frontera por parte de

los diversos Estados africanos no refleja su autenticidad o, por lo menos, su reconocimiento.

- ¿Por qué las viejas fronteras impuestas con su diversidad étnica no pueden constituirse en Estados multiétnicos que mantengan relaciones transfronterizas con sus vecinos, en muchos casos, parientes?

Los Estados independientes heredaron esas fronteras; más allá de si son adecuadas u obsoletas, simplemente existen. Entonces ¿cuáles serían las fronteras necesarias? ¿En función de qué intereses deberían remodelarse?

El Estado, que se heredó en las condiciones de independencia, y los cambios que llegan hasta la actualidad han determinado su origen histórico, con las interrupciones y “deformaciones” que introdujo el poder colonial, pero que también forma parte de ese proceso histórico de su conformación “periférica”. En base a esa realidad –casi con certeza absoluta, diferente a la de otras latitudes–, es imposible construir el Estado-nación al estilo europeo, por lo que, de nuevo, debemos concluir que los africanos, en ese ámbito, también deben tomar sus propios caminos.

También la nación es un fenómeno histórico-social. En ese ámbito, las naciones se distinguen unas de otras, y esto es importante por su tipo social y, en el aspecto étnico²⁴, por su nacionalidad²⁵. Esta última interviene como característica étnica y como particularidad de la nación, no como un fenómeno histórico-social autónomo. Las nacionalidades son grupos más o menos numerosos de personas que se distinguen entre sí por su lengua, por algunas particularidades de la cultura y de carácter, y por la conciencia de pertenecer a una etnia²⁶. Por todo esto, el análisis de la nacionalidad africana amerita concepciones y prácticas que se adecuen a sus particularidades.

Para los años noventa del siglo pasado, los niveles de inestabilidad y conflictos directos entre Estados y al interior de estos se generalizaron en el continente, al tiempo que la concurrencia de actores

24 El concepto de etnia (del griego *ethnos*, ‘pueblo’) expresa la comunidad de origen, de memorias históricas o de vínculos de un pueblo determinado, que se caracteriza por tener un mismo pasado y las mismas aspiraciones, los mismos valores, las mismas normas y las mismas expectativas (Chazan N. *et al.*, 1992: 106).

25 Las nacionalidades africanas, negadas y tergiversadas con el uso abusivo –e incorrecto– de lo étnico y sus contradicciones, también presentan particularidades, fundamentalmente porque los vínculos étnicos se extienden más allá de las fronteras. Por cierto, este rasgo ha sido manipulado una y otra vez por distintos agentes y poderes contra determinados países, negando la existencia de nacionalidades en la región subsahariana.

26 Para profundizar este tema, ver: Kabunda Badi y Caranci (2005).

continentales, tanto gubernamentales como irregulares, como en el caso de los Grandes Lagos, aumentó drásticamente.

Algunos autores, como Oscar Mateos Martín²⁷ y Denise Lúcia Camatari Galvão²⁸, establecen útiles clasificaciones y nuevas tipologías de guerra en África, fundamentalmente relacionados con la apropiación de determinados recursos por los grupos insurgentes, como fue la guerra de los “diamante” en Sierra Leona. Otros, como Rodolfo Stavenhagen,²⁹ analizan los factores e incidencias étnicas en los conflictos en la contemporaneidad.

Mark Duffield plantea que se puede hablar de tres diferentes narrativas sobre las guerras civiles africanas y sus causas: el nuevo barbarismo, el subdesarrollo como causa del conflicto y la economía política de la guerra (citado por Ruiz-Giménez Arrieta, 2002). Sin embargo, señala:

[...] nuestro conocimiento sobre las causas y dinámicas de los conflictos africanos es muy escaso. Se limita además a ciertos tipos de análisis en los que abundan los estereotipos y las simplificaciones. De esta forma se distorsiona la realidad, se seleccionan algunos aspectos de la misma y se ocultan otros, por ejemplo, determinadas responsabilidades de africanos y otros actores externos. Y con ello, de forma consciente o inconsciente, se legitiman determinadas acciones políticas.

La misma autora alerta de que es hora de incorporar a cualquier análisis de los conflictos africanos a las sociedades africanas. Y añade:

Hora es también de que la cobertura mediática de cualquier catástrofe africana deje de mostrarnos siempre a un soldado blanco salvando a una niña en un árbol en las inundaciones de Mozambique. Y que empiece a mostrarnos a los propios africanos dirigiendo la columna humana que cruza un río. Solo así dejaremos de ver a las poblaciones africanas como sujetos pasivos, necesitados de tutela y empezaremos a

27 Ver Mateos Martín, Oscar 2005 “África, el continente maltratado, Guerra, expolio e intervención internacional en el África negra” (Barcelona: Cristianisme i Justícia). En <<http://www.fespinal.com/espinal/castellano/visua/es137.htm1972>>.

28 Ver: Camatari Galvão, Denise Lúcia 2006 “Las ‘nuevas’ guerras en África: conflictos armados & recursos naturales” en *Documentos e Investigações Académicas* (Academia de Guerra del Ejército de Chile) Trabajo N° 22, agosto. En: <http://64.233.161.104/search?q=cache:YnrNjqh6-1AJ:www.aiupam-ii.acapomil.cl/publicaciones/n022_2006_ago_nuevas.guerras_galvao.pdf+%C3%81frica-conflictos&hl=es&gl=cu&ct=clnk&cd=3&lr=lang_es>.

29 Ver: Stavenhagen, Rodolfo 1991 “Los conflictos étnicos y sus repercusiones en la sociedad internacional” en *RICS* (UNESCO) Vol. XLIII, N° 1. En: <<http://www.unesco.org/issj/rics157/stavenhagenspa.html>>.

aceptarlas como sujetos activos y protagonistas directos de la Historia, de su historia.

En torno a los conflictos africanos se ha creado el *mito* de la barbarie africana. Sin embargo, en cada etapa han tenido sus peculiaridades. No obstante, el factor *recursos* siempre ha estado presente, así como la manipulación del factor étnico. En esencia, los que han cambiado son los actores, los mecanismos y los intereses involucrados, en una suerte de reconfiguración “paradójica” a partir de la actuación de las elites al interior de los Estados y de las potencias imperialistas –incluyendo contradicciones entre estas– y sus aliados en el continente.

Aunque hay algunos enfoques que pudieran tener puntos de coincidencias referidos a que los conflictos violentos tienden a disminuir y desinternacionalizarse en África Subsahariana, esto no se ha traducido en su eliminación, ni en garantía de que no resurgirán. Tras el fin de la Guerra Fría y las “nuevas” condiciones de la lucha contra el terrorismo, se ha manifestado una recurrencia a la pervivencia de antiguos conflictos no resueltos y a *nuevos* tipos de conflictos, sobre todo por el incremento de la participación de países de la región, mientras la presencia extrarregional se ha mantenido –y aumentado, en algunos casos–, pero bajo otras formas.

En los años noventa, tres cuartas partes de los países subsaharianos estaban en guerra o tenían que hacer frente a bandas armadas. En algunos casos, el gasto en armamento se convirtió en una carga onerosa. Eritrea, por ejemplo, en conflicto con Etiopía, gastaba un 36% de su PIB en la compra de armas. Los mayores proveedores eran los Estados Unidos, seguidos de Francia, Gran Bretaña y Rusia.

Con la relativa valoración del continente en la denominada Guerra contra el terrorismo, el factor control de recursos se ha reforzado, tanto por los agentes externos, como por los internos. Esto ha implicado mayores contradicciones entre las potencias por el control de los recursos del área, esencialmente, de los hidrocarburos. En la práctica, EE.UU., bajo el pretexto de luchar contra los grupos terroristas islámicos en la región, ha aumentado considerablemente su presencia, no solo económica, sino también militar.

El capitalismo, como otros regímenes socioeconómicos, es un sistema contradictorio. Pero en este caso, su tendencia internacional –global– acentúa esas contradicciones en todos los ámbitos y regiones, debido no solo a su propia esencia de acumulación y explotación, sino, sobre todo, porque incluye más actores y avanza en el ámbito productivo-tecnológico a grandes pasos, pero lo hace en medio del desarrollo desigual que le es inherente, lo que produce diferencias cada

vez más marcadas entre unos y otros integrantes del sistema. A esto habría que añadir los proyectos políticos de dominación que exacerbaban esas diferencias, de ahí que el carácter conflictual de los problemas que generan adquiriera un carácter global.

En África, los conflictos tienen una gran cantidad de causales: el deterioro económico, la inestabilidad política y el agravamiento de las condiciones de vida; en resumen: aumento de las condiciones que propician el subdesarrollo.

LAS MIGRACIONES: CAMINOS OBLIGADOS

Los movimientos humanos, como cualquier otro fenómeno social, deben analizarse en el contexto socio-histórico en que se desenvuelven. A partir de la actividad del ser humano, su control y vinculación con la naturaleza y el proceso técnico de producción, así como las relaciones de producción (propiedad y apropiación) en cada etapa. En este marco, las dinámicas de los movimientos humanos se relacionan con los cambios técnicos, la base social de la producción-reproducción y sus vínculos, los sistemas políticos y la ideología. No puede obviarse un primer elemento, que nos señala Paul Singer (1975):

[...] las migraciones internas son siempre históricamente condicionadas, resultado de un proceso global de cambio, del cual deben separarlas. Por lo tanto, hallar los límites de la configuración histórica que dan sentido a determinado flujo migratorio es el primer paso para su estudio.

En la etapa precapitalista, las migraciones humanas y el trasiego de personas en África Subsahariana eran persistentes, en correspondencia con las diferencias de niveles de desarrollo de las sociedades al interior de la región. También hubo varias oleadas de importantes movimientos poblacionales, donde destacaron los de dirección sur, cuyos protagonistas fueron los bantús. Esos movimientos humanos variaron sus direcciones y cuantía a partir de las necesidades de la trata esclavista y de la dominación colonial.

El colonialismo desató, por una parte, cambios en las migraciones tradicionales y, por otra, el surgimiento de un nuevo tipo, a partir de las necesidades del capitalismo europeo y del colonato blanco.

En los últimos cinco siglos de la historia de África Subsahariana, la acción de factores exógenos, gestados por el proceso de expansión y desarrollo del modo de producción capitalista, distorsionó la correspondencia que hasta entonces había existido entre los conflictos, las migraciones y las dinámicas particulares del contexto socio-histórico subsahariano, e influyó decisivamente en la gestación de nuevos tipos de conflictos y movimientos poblacionales. Estos son expresión y, a

la vez, una de las causas de la deformación socioeconómica y política que tomó cuerpo en el fenómeno del subdesarrollo.

Esa nueva realidad, con sus propias formas de manifestarse, de acuerdo con la situación histórica concreta, se mantuvo a lo largo de la historia de la región y conserva vigencia en las condiciones del África Subsahariana independiente. Así, los conflictos y las migraciones se reproducen también como resultado de las contradicciones socioeconómicas y políticas que tipifican el subdesarrollo, a la par que contribuyen a su agudización.

Las migraciones se definen como aquellos movimientos que comprenden el cambio de residencia de grupos de personas. Cuando se clasifican como forzadas, las causas de las mismas se refieren a factores ajenos a la voluntad de las personas, entre los que sobresalen los desastres naturales, los conflictos y los movimientos impuestos por fuerzas o poderes foráneos en un contexto histórico determinado.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la fraseología clasificatoria de los migrantes ha utilizado dos términos esenciales: el migrante económico³⁰ y los refugiados.

La Convención de las Naciones Unidas referida al estatuto de “refugiado” aprobada en 1951 legalizó el concepto entonces vigente³¹. Asimismo, se denomina “desplazados” a aquellos grupos de personas que se ven obligados a migrar dentro de sus propios países por razones ajenas a su voluntad.

Los Estados africanos y la Organización para la Unidad Africana (OUA) trataron, en la medida de sus posibilidades, de resolver la problemática de los refugiados en los planos legal y práctico, a partir de sus particularidades, esencialmente su masividad en cortos tiempos y largas temporadas con ese status.

Una solución legal parcial a las insuficiencias del estatuto de refugiado –para África– surgió de los acuerdos tomados por la OUA en la Convención Gubernamental sobre Aspectos de los Problemas de los Refugiados en África, celebrada en Addis Abeba en 1969. En esa

30 De forma general, el migrante económico ha sido un migrante voluntario e individual. La búsqueda de trabajo, de mejor empleo, de sitios más adecuados para invertir o con mejores niveles de vida son razones que propician a diario estas migraciones, tanto intranacionalmente como internacionalmente.

31 [...] un individuo que debido a su bien fundado temor de ser perseguido por razones de raza, religión, nacionalidad, membresía a determinado grupo social u opinión política, se encuentra fuera de su país de nacionalidad y por tanto es incapaz, o debido a dicho temor, no desea disponer de la protección de ese país, o, quien no teniendo una nacionalidad o estando fuera del país donde residía habitualmente con anterioridad, como resultado es incapaz o, debido a dicho temor, no desea regresar a él (ACNUR, 2005: 21).

reunión, después de valorar la problemática en la región, se amplió el estatuto “refugiado” acordado en 1951 a partir de las necesidades regionales y la forma de aplicación en el continente.

El término legal adoptado fue relativamente diferente, dadas las peculiaridades locales, y se describió una lista de circunstancias que ampliaron las consideraciones individuales, aunque fueron respetadas y mantenidas. El término *refugiado* sería aplicable a toda persona que, debido a agresiones externas, ocupación, dominación extranjera o sucesos de serios disturbios de orden público, en cierta parte o en todo el país de origen o nacionalidad, fuese compelida a abandonar su lugar habitual de residencia para buscar refugio en otro lugar, fuera de su país de origen o nacionalidad.

La dinámica de la interrelación que analizamos en nuestros días se enmarca en el contexto de la llamada globalización neoliberal, adversa al progreso de la región, con lo que los factores exógenos continúan reforzando la relación de concatenación compleja –al mismo tiempo de causa y efecto– establecida.

En África Subsahariana los problemas globales³² se manifiestan drásticamente. Mientras las condiciones socioeconómicas del continente mantienen serias dificultades, continúan los conflictos de mayor o menor intensidad, lo que influye –e interactúa– en el mantenimiento de gran cantidad de refugiados y desplazados, al tiempo que las migraciones –forzadas o de carácter económico– se ven incentivadas por la inseguridad alimentaria y los problemas ecológicos³³.

A partir de los años noventa las condiciones socioeconómicas y políticas del continente africano han determinado un aumento del número de migrantes económicos y de los refugiados y desplazados.

32 Según el economista cubano Dr. Silvio Baró, un problema global “es la situación conflictual que se presenta al interior de los sistemas y que puede ser de dos tipos: (a) conflicto en un sistema que se refleja en los restantes sistemas y (b) conflicto generalizado en los sistemas”. Entonces, un problema global es una “disfuncionalidad estructural” del sistema. Dentro de los problemas globales destacan, entre otros, los problemas de seguridad (guerra-paz), los medioambientales y las migraciones humanas.

33 Aproximadamente el 34% del territorio africano estaba amenazado por la desertificación. (PNUD, 1992: 8)

- La escasez de recursos hídricos era alarmante. En 1950, los africanos disponían de 20,6 mil metros cúbicos de agua; pero para finales de siglo tendrían apenas 5,1 mil metros cúbicos, casi un cuarto menos en cincuenta años. (Documento básico de la Conferencia Internacional sobre el Agua y el Medio Ambiente, 1992: 5)
- La sequía afectaba a 130 millones de personas, uno de cada cinco habitantes. (Haile, 1996: 35)
- Anualmente se perdían 3,7 millones de hectáreas de bosques (*ibíd.*)

De forma general, las migraciones en el África Subsahariana han manifestado, como particularidad, la pervivencia del tipo clasificado como migración masiva forzada (MMF), de muy clara interrelación con las condiciones de subdesarrollo. Esa interrelación –sistemáticamente influida por la acción de factores y actores exógenos extracontinentales– ha presentado rasgos distintivos en diferentes etapas históricas y subregiones.

¿Qué caminos recorrió África Subsahariana que la sitúan en la actualidad dentro de las regiones con mayores problemas socioeconómicos a nivel mundial?

Para aproximarse a la respuesta de esta interrogante es imprescindible partir de su proceso histórico, teniendo en cuenta los factores estructurales y coyunturales, así como los condicionamientos internos y externos que han incidido en su realidad y que, en última instancia, han determinado sus singularidades como región subdesarrollada.

Existen diversos indicadores y motivaciones que ubican a los países africanos dentro de los más atrasados o subdesarrollados. En ese escenario, dos de los fenómenos –procesos– que son expresión (causa-efecto) de esa situación han sido los conflictos y las migraciones. Es por ello que debemos ser capaces de identificar, la interrelación entre los conflictos y las migraciones con el subdesarrollo, así como explicar las características esenciales de ambos fenómenos.

En el análisis de la interrelación, en el plano histórico, del subdesarrollo, los conflictos y las migraciones, se tendrán en cuenta las causas, particularidades y manifestaciones más evidentes de dichos fenómenos, a partir de caracterizar la implantación –momentos más importantes– del capitalismo en África Subsahariana.

En el plano teórico metodológico debe tenerse en cuenta algunas propuestas de Theotonio Dos Santos (2002, 57-58):

La teoría social [...] debe retomar la tradición de grandes teorías explicativas con el objetivo de ordenar el sistema de interpretación del mundo contemporáneo [...].

Esa reinterpretación debe superar, sobre todo, la idea de que el modo de producción capitalista, surgido en Europa en el siglo XVIII, es la referencia fundamental de una nueva sociedad mundial.

La formación y evolución del sistema mundial capitalista debe orientar el análisis de las experiencias nacionales, regionales y locales, buscando rescatar las dinámicas históricas específicas como parte del esfuerzo conjunto de la humanidad para superar la forma explotadora, expropiadora, concentradora y excluyente en que ese sistema evolucionó.

El análisis de ese proceso histórico debe rescatar su forma cíclica, procurando situar los aspectos acumulativos al interior de sus límites establecidos por la evolución de las fuerzas productivas, justificación ideológica de estas relaciones y límites del conocimiento humano.

[...] la evolución de la ciencia social debe ser entendida como parte de un proceso más global de la relación del hombre con la naturaleza: la suya propia, la inmediata, ambiental y el cosmos [...] momento dentro de un proceso más amplio de desarrollo de la subjetividad humana, compuesta por individuos, clases sociales, instituciones [...].

Coincidimos con este enfoque y recalcamos la necesidad de abordar los fenómenos sociales, en este caso la interrelación entre subdesarrollo, conflictos y migraciones en África Subsahariana, teniendo en cuenta que son procesos:

1. donde intervienen lo objetivo y lo subjetivo;
2. donde desempeñan un papel esencial las estructuras socioeconómicas, demográficas y políticas, las ideologías y los sistemas de creencias y tradiciones en cada etapa –o época– o período histórico;
3. enmarcados en una relación de causalidad;
4. donde se interrelacionan lo estructural y lo coyuntural;
5. multidimensionales;
6. donde interactúan actores internos y externos.